

Cristo y el cristocentrismo en el Concilio Vaticano II

Entre Dios que llamaba al hombre a la unión y el hombre que, herido por el pecado, se debatía en la ascensión, se ha colocado Cristo, facilitando el acceso al Padre. Cristo se torna para el hombre mucho más accesible. A través de El puede descubrir el rostro de la divinidad y entregarse a Dios plenamente. La historia de la Iglesia que ha dado las grandes alegrías, extiende también “una nube de tristeza y de prueba”. Por algo el anciano Simeón dijo a María, la Madre de Jesús, aquella profecía que ha sido y sigue siendo verdadera: *Este Niño está puesto para ruina y resurgimiento de muchos en Israel y como señal de contradicción*. Y el mismo Jesús, hecho adulto, fijó bien claramente la postura sucesiva del mundo con respecto a su persona, a lo largo de los siglos, en aquellas misteriosas palabras: *Quien a vosotros escucha, a mí me escucha*; y con aquellas otras citadas por el mismo evangelista: *Quien no está conmigo, está contra mí; quien no recoge conmigo, dispersa*.

“El gran problema planteado al mundo queda en pie tras casi dos mil años. Cristo radiante siempre en el centro de la Historia y de la vida. Los hombres o están con El y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien están sin El o contra El y deliberadamente contra su Iglesia, con la consiguiente confusión y aspereza en las relaciones humanas y con persistentes peligros de guerras fratricidas”¹.

El dilema está planteado. Y este dilema proponía también el Concilio al mundo moderno, ofreciendo la vía del amor y de la libertad, de la alegría y de la paz, con el máximo optimismo que quizá se haya visto en la historia de los Concilios ecuménicos. Al mundo le tocará decidir sobre su actitud frente a Cristo y a su Iglesia, levantados como signos de contradicción ante las naciones. Y siendo este el problema fundamental, Cristo venía a primer plano también en el Concilio. Los

¹ JUAN XXIII, Alloc. 11 de oct. 1962 (BAC, 745-746).

temas todos con una trabazón interna profundísima no podrían desligarse. Cristo irá siempre unido a la divinidad y a la humanidad, señalando en esa misma unidad esa otra unión con su Esposa, la Iglesia, que es indiscutible.

Pablo VI, abriendo la segunda sesión del Concilio, se hacía luego las siguientes preguntas: “Hermanos, ¿de dónde arranca nuestro viaje? ¿Qué ruta pretende correr si ponemos la atención, más que en las indicaciones prácticas hace un momento recordadas, en las normas divinas a las que debe obedecer? ¿Y qué meta, hermanos, deberá fijarse nuestro itinerario, de modo que se asiente, sí, sobre el plano de la historia terrena, en el tiempo y en el modo de esta nuestra vida presente, pero que se oriente también al límite final y supremo que estamos seguros no puede faltar al término de nuestra peregrinación?”². Y la respuesta era única en el orden doctrinal, de suerte que de ella procederían todos los demás temas que se abordarían en el Concilio. He aquí las palabras del Papa que contestan a los interrogantes: “Estas tres preguntas sencillísimas y capitales tienen, como bien sabemos, una sola respuesta, que aquí, en esta hora, debemos darnos a nosotros mismos y anunciarla al mundo que nos rodea: ¡Cristo! Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestra vida y nuestro guía; Cristo, nuestra esperanza y nuestro término.

“Que preste este Concilio plena atención a la relación múltiple y única, firme y estimulante, misteriosa y clarísima, que nos apremia y nos hace dichosos, entre nosotros y Jesús bendito, entre esta santa y viva Iglesia, que somos nosotros, y Cristo, del cual venimos, por el cual vivimos y al cual vamos. Que no se cierna sobre esta reunión otra luz si no es Cristo, luz del mundo; que ninguna otra verdad atraiga nuestros ánimos fuera de las palabras del Señor, único Maestro; que ninguna otra aspiración nos anime si no es el deseo de serle absolutamente fieles; que ninguna otra esperanza nos sostenga sino aquella que conforta, mediante su palabra, nuestra angustiosa debilidad: *Y he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20)*”³.

Con esta suprema confianza en Cristo y este sublime canto de gloria que desborda en el párrafo siguiente, termina su exposición, culminando en Cristo como centro y guía, como aspiración y fundamento de toda la tarea conciliar. “Es conveniente, a nuestro juicio, que este Concilio

² PABLO VI, Alloc. 29 de sept. 1963 (BAC, 760).

³ *Id.*, *Ibid.* (BAC, 761).

arranque de esta visión, más aún, de esta mística celebración, que confiesa que El, nuestro Señor Jesucristo, es el Verbo encarnado, el Hijo de Dios y el Hijo del hombre, el Mesías del mundo, esto es, la esperanza de la humanidad y su único supremo Maestro. El el Pastor, El el Pan de la vida, El nuestro Pontífice y nuestra Víctima, El el único Mediador entre Dios y los hombres, El el Salvador de la tierra, El el que ha de venir Rey del siglo eterno; visión que declara que nosotros somos sus llamados, sus discípulos, sus apóstoles, sus testigos, sus ministros, sus representantes y, junto con los demás fieles, sus miembros vivos, entrelazados en el inmenso y único Cuerpo místico, que El, mediante la fe y los sacramentos, se va formando en el sucederse de las generaciones humanas, su Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, temporal hoy y mañana eterna”⁴. Con esta visión puede lanzarse ya a la navegación en los diferentes mares que en oleaje convulso se estrellaban ante la asamblea conciliar.

Cristo quedaba constituido en el punto de arranque del Concilio, una vez que se hacía presente a Dios y que ese Dios se personaba también ahora en Cristo. El gozo de la Iglesia, unida a Cristo como a su Cabeza, consciente de ser su cuerpo, era indecible y desde esta visión solucionarían todos los variados problemas que planteaba nuestro mundo y que solamente encontrarían solución viable en una profundización en el misterio del Verbo que se encarna. Desde Cristo todo resplandecía, pero Cristo se proyectaba en vertical y en horizontal.

CRISTO REVELADOR.

Y entonces es necesario ver a Cristo a través de sus funciones. Dios envía el Hijo al mundo y éste muere por la salvación de la humanidad. “Creemos —decían los Padres del Concilio en su mensaje inaugural— que el Padre amó tanto al mundo que para salvarlo entregó a su propio Hijo y por medio de este mismo nos liberó de la servidumbre del pecado *reconciliando por El todas las cosas, pacificándolas por la sangre de su cruz* (Col. 1, 20), hasta el punto que *nos llamamos y somos hijos de Dios*”⁵. Sin embargo este designio de Dios lo ha ido manifestando a

⁴ Id., *Ibid.* (BAC, 761-762).

⁵ *Mensaje de los Padres del Concilio al mundo* (BAC, 4).

través de la historia de la salvación y lo ha preparado con signos y palabras en el transcurso de un largo proceso revelador. Esa revelación divina ha comenzado por la disposición divina de revelarse a sí mismo. “Y ese plan de la revelación se realiza con palabras y gestos intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas”⁶.

Sin embargo esto es lo que aparece en la realidad. Queda en el misterio la vida íntima de Dios, a la cual no podemos llegar solamente por las manifestaciones exteriores, tal como se nos ha propuesto. De hecho cuanto en el Viejo Testamento se ha dicho y realizado es preparación de la revelación total y plena en el Nuevo⁷. Pero los hombres “tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo por medio de Cristo Verbo encarnado”. Y así “la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación de Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación”⁸. Colocado Cristo en el centro, entre los dos Testamentos, se percibe inmediatamente el valor de preparación y de medio de la revelación del Antiguo Testamento y así se llega a la plenitud de la revelación de Cristo, que a su vez es Mediador de la vida íntima de Dios cabe los hombres. Por eso podrá añadir el Concilio, luego de haber recordado los hechos fundamentales de la historia de la salvación en el Antiguo Testamento, que explicitará en capítulos sucesivos: “Después que Dios habló muchas veces y de muchas maneras por los profetas, *últimamente, en estos días, nos habló por su Hijo* (Hebr. 1, 1-2). Pues envió a su Hijo, es decir, al Verbo eterno, que ilumina a todos los hombres, para que vivieran entre ellos y les manifestara los secretos de Dios (cf. Io. 1, 1-18); Jesucristo, pues, el Verbo hecho carne, “hombre enviado a los hombres”, *habla palabra de Dios* (Io. 9, 34) y lleva a cabo la obra de la salvación que el Padre le confió (cf. Io. 5, 36; 17, 4). Por tanto, Jesucristo —ver al cual es ver al Padre (cf. Io. 14, 9)—, con su total presencia y manifestación personal, con palabras y obras, señales y milagros, y, sobre todo, con su muerte y resurrección gloriosa de entre los muertos, finalmente, con el envío del Espíritu de verdad, completa la revelación y confirma con el testimonio

⁶ Conts. domg. *Dei verbum. Sobre la divina revelación* 2 (BAC, 125).

⁷ *Ibid.* 3 (BAC, 126).

⁸ *Ibid.* 2 (BAC, 125).

divino que vive Dios con nosotros para liberarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y resucitarnos a la vida eterna.

“La economía cristiana, por tanto, como alianza nueva y definitiva, nunca cesará y no hay que esperar ya ninguna revelación pública antes de la gloriosa manifestación de nuestro Señor Jesucristo (cf. I Tim. 6, 14; Tit. 2, 13)”⁹.

Esta nueva visión de la revelación conduce a ese nuevo humanismo que se trocaba en cristianismo, como hemos apuntado en otra parte¹⁰. Si ver a Cristo es ver al Padre, y ver al hombre en el dolor y en la aflicción es ver a Cristo, resulta que por el hombre llegamos a Cristo y por Este a Dios. La revelación operada por Cristo de la vida íntima de Dios se prospecta como la clave de toda la temática de la salvación. Es una línea expositiva, diríamos, descriptiva, tal como aparece en la Escritura, palabra de Dios al hombre, que exige, por parte del hombre, una aceptación, una obediencia y una fe.

CRISTO Y LA IGLESIA.

Al revelar Cristo la voluntad del Padre, ésta nos aparece en toda su profundidad y se nos muestra como un designio de Dios que quiere salvar a todos los hombres. A este fin determina convocar a todos los hombres en Cristo, congregación de creyentes que es la Santa Iglesia, “prefigurada desde el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo, que se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos”¹¹. Y Cristo inaugura en la tierra el reino de los cielos, dando cumplido a la voluntad del Padre que le envió. “Vino, pues, el Hijo, enviado por el Padre, que nos eligió en El antes de la creación del mundo, y nos predestinó a la adopción de hijos, porque en El se complació restaurar todas las cosas (cf. Eph. 1, 4-5 y 10). Cristo, pues, en cumplimiento de la voluntad del Padre, inauguró en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio, y efectuó la redención con su obediencia. La Iglesia, o reino de Cristo, presente ya en el misterio, crece visiblemente en el mundo por el poder

⁹ *Ibid.* 2 (BAC, 126-127).

¹⁰ Cf. J. MORÁN, “El hombre y los valores humanos en el Concilio Vaticano II, *Archivo Teológico Agustiniiano* 1 (1966) 87-114.

¹¹ Const. dogm. *Lumen gentium*. *Sobre la Iglesia* 2 (BAC, 10).

de Dios. Comienzo y expansión manifestada de nuevo tanto por la sangre y el agua que manan del costado abierto de Cristo crucificado (cf. Io. 19, 34), cuanto por las palabras de Cristo alusivas a su muerte en la cruz: *Y yo, si fuere levantado de la tierra, atraeré todos a mí* (Io. 12, 32)¹².

Una vez que Cristo consumó la obra que el Padre le había confiado en la tierra, envía el Espíritu para que la prosiga, manifestándose de ese modo la Iglesia “como una muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”¹³. Pero “el misterio de la Iglesia se manifiesta en su fundación. Pues nuestro Señor Jesucristo fundamentó su Iglesia predicando la buena nueva, es decir, el Reino de Dios prometido muchos siglos antes en las Escrituras: *Porque el tiempo está cumplido y se acercó el reino de Dios* (Mc. 1, 15, cf. Mt. 4, 17). Ahora bien, este Reino comienza a manifestarse como una luz delante de los hombres por la palabra, por las obras y por la presencia de Dios... Habiendo resucitado Jesús, después de morir en la cruz por los hombres, apareció constituido para siempre como Señor, como Cristo y como Sacerdote (cf. Act. 2, 46; Hebr. 5, 6; 7, 17-21), y derramó en sus discípulos el Espíritu prometido por el Padre (cf. Act. 2, 33). Por eso, la Iglesia, enriquecida con los dones de su Fundador, observando fielmente sus preceptos de caridad, de humildad y de abnegación, recibe la misión de anunciar el Reino de Cristo y de Dios, de establecerlo en medio de todas las gentes, y constituye en la tierra el germen y el principio de este reino. Ella en tanto, mientras va creciendo poco a poco, anhela el reino consumado, espera con todas sus fuerzas y desea ardientemente unirse con su Rey en la gloria”¹⁴.

Cristo, por consiguiente, Fundador de la Iglesia, la revela bajo diferentes figuras dinámicas, que indican todas ellas ese progreso sucesivo y ese crecimiento hasta que llegue su plenitud final¹⁵. Y, desapareciendo Cristo visiblemente de la humanidad, queda en su Iglesia, constituida por El como su Cuerpo místico, que continúa su tarea misional y redentora a través de la historia. “El Hijo de Dios, encarnado en la naturaleza humana, redimió al hombre y lo transformó en una nueva criatura (cf. Gal. 6, 15; 2 Cor. 5, 17), superando la muerte con su muerte y resurrección. A sus hermanos, convocados de entre todas las

¹² *Ibid.* 3 (BAC, 11).

¹³ *Ibid.* 4 (BAC, 11-12).

¹⁴ *Ibid.* 5 (BAC, 13-14).

¹⁵ *Ibid.* 6 (BAC, 14-16).

gentes, los constituyó místicamente como su cuerpo, comunicándoles su Espíritu”¹⁶. En este sentido tenemos el aspecto invisible y espiritual de la Iglesia.

Y como la encarnación de Cristo es el ejemplo y el modelo de la Iglesia, ésta se estructura en un doble elemento que es preciso descubrir en su trabazón íntima, según los designios de su Fundador, Cristo. Esta Iglesia, en su doble, camina en la tierra y tiene su posesión final en el cielo, “peregrinando entre las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”¹⁷, realizando de este modo la imagen perfecta del Verbo encarnado y dando así opción a las múltiples aplicaciones que este concepto desarrolla en el proceso de adaptación y de renovación. Ese doble lo expone en estas breves palabras que desarrolla a lo largo de unas páginas el Concilio: “Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia santa, comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como una trabazón visible y la mantiene constantemente, por la cual comunica a todos la verdad y la gracia. Pero la sociedad dotada de órganos jerárquicos y el cuerpo místico de Cristo, reunión visible y comunidad espiritual, la Iglesia terrestre y la Iglesia dotada de bienes celestiales, no han de considerarse como dos cosas, porque forman una realidad compleja, constituida por un elemento humano y otro divino. Por esta profunda analogía se asimila al misterio del Verbo encarnado. Pues como la naturaleza asumida sirve al Verbo divino como órgano de salvación a El indisolublemente unido, de forma semejante la unión social de la Iglesia sirve al Espíritu de Cristo, que la vivifica, para el incremento del cuerpo (cf. Eph. 4, 16)”¹⁸. La analogía se explicita en mil ramificaciones y expone a la Iglesia a una perfecta imitación de la vida de Cristo a través de su existencia histórica.

Cristo, por tanto, instituyó el nuevo pacto y el nuevo pueblo de Dios, anunciado en el Antiguo Testamento y lo dotó de todos los elementos necesarios para su difusión en el tiempo¹⁹, creando de esta suerte la comunidad de los fieles y enriqueciéndoles en esa unidad con el sacerdocio común y los otros dones necesarios para el incremento del cuerpo²⁰.

¹⁶ *Ibid.* 7 (BAC, 16, prosigue la exposición de los temas hasta la 19).

¹⁷ SAN AGUSTÍN, *De civ. Dei* XVIII, 51, 2, PL. 41, 614, citado en *Ibid.* B (BAC, 21).

¹⁸ Const. dogm. *Lumen gentium* 8 (BAC, 19-20, y luego hasta 21).

¹⁹ *Ibid.* 9 (BAC, 22-24).

²⁰ *Ibid.* 10 (BAC, 26); 11, 26-28, y en general todo él, Cap. II.

Si Cristo revelaba la voluntad del Padre, la Iglesia continúa revelándola en el transcurso de la historia y la metafísica en cada época para ella, porque a ella se le ha confiado el deber de continuar la obra de Cristo y por tanto de evangelizar y de misionar²¹. De esta suerte la tarea misionera de la Iglesia dimana directamente de la misión de Cristo, enviado a su vez por el Padre para la salvación del género humano, y de esa misión recibe todo su vigor y su fuerza. De aquí que al hablar de las misiones se inicie nuevamente el tratado por el designio del Padre de salvar al género humano²², se pase a la misión del Hijo²³, haciendo constar que la conversión se da en la intimidad, en las relaciones del hombre con Dios, pero que éstas deben ser ayudadas desde el exterior por órganos visibles e instrumentos de redención, se continúe por la misión del Espíritu²⁴, para concluir en la Iglesia, enviada por Cristo para proseguir en el mundo, bajo la guía del Espíritu, la obra comenzada por El²⁵. Y así el deber misionero, primordialmente está confiado a los obispos, pero todos los creyentes se ven obligados por él, por pertenecer y ser Iglesia²⁶.

A su vez Cristo que se persona en la Iglesia, se hace presente en la *liturgia* y ésta se convierte en canto de alabanza de la comunidad eclesial a su Cabeza que es Cristo y que está presente en los signos, de modo especial en los sacramentales, y en la comunidad. Y es que la obra de la salvación continuada por la Iglesia se realiza en la liturgia, en lo que ésta tiene de sacramental, ya que “cuantas veces se renueve sobre el altar el sacrificio de la cruz, en que nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolada (I Cor. 5, 7), se efectúa la obra de nuestra redención. Al propio tiempo en el sacramento del pan eucarístico se representa y se reproduce la unidad de los fieles, que constituyen un solo cuerpo en Cristo (cf. I Cor. 10, 17)”²⁷. Para realizar esta obra, Cristo se hace presente y es su potencia la que da valor a las acciones litúrgicas. La liturgia se penetra entonces de la presencia de Cristo y en esa presencia de Cristo se asocian los fieles en la gran familia comunitaria que constituye la magnífica unidad de los miembros en la Cabeza. “Para realizar

²¹ *Ibid.* 9 (BAC, 23-24).

²² Decr. *Ad gentes. Sobre la actividad misionera de la Iglesia* 2 (BAC, 566-567).

²³ *Ibid.* 3 (BAC, 567-568).

²⁴ *Ibid.* 4 (BAC, 569-571).

²⁵ *Ibid.* 5 (BAC, 571-572).

²⁶ *Ibid.* 6 (BAC, 572-576).

²⁷ Const. dogm. *Lumen gentium* 3 (BAC, 11).

una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la misa, sea en la persona del ministro, “ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la cruz”, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente por su fuerza en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: *Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos* (Mt. 18,20).

“Realmente, en esta obra tan grande por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno”.

“Con razón, entonces, se considera la liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo. En ella, los signos sensibles significan y, cada uno a su manera, realizan la santificación del hombre, y así el Cuerpo místico de Jesucristo, es decir, la Cabeza y los miembros, ejerce el culto público íntegro”²⁸.

Esta presencia de Cristo invita al sentido constante de la responsabilidad y de la unión con El, de suerte que no puede limitarse solamente la convivencia a un “estar al lado” o a un “estar juntos”, sino a una vivencia interior de la unidad en el Cristo que somos y con quien estamos y vivimos. Sólo, fijos en ello, podemos comprender cómo “Cristo Jesús, al tomar la naturaleza humana, introdujo en este exilio terrestre aquel himno que se canta perpetuamente en las moradas celestiales, y que El mismo une a sí la comunidad entera de los hombres y la asocia al canto de este divino himno de alabanza”²⁹. El Oficio divino se percibe así como función sacerdotal de la Iglesia y trasplante del himno de alabanza a la tierra.

Con esta perspectiva, Cristo se torna en modelo de toda perfección, y la *vida religiosa* quedará definida como un “seguimiento de Cristo” —*sequela Christi*—³⁰ al igual que la *vida de los presbíteros* llevará

²⁸ Const. dogm. *Sobre la sagrada Liturgia* 7 (BAC, 153).

²⁹ *Ibid.* 83 (BAC, 186).

³⁰ Decr. *Perfectae caritatis. Sobre la adecuada renovación de la vida religiosa* 1 (BAC, 478-479); 2, a), 480; 2, e), 481, y en casi todos los números.

sobre sí los signos de Cristo en todos los acaeceres de la existencia, en la crucifixión y gloria, en la cruz y en la luz³¹.

Y en el ambiente *unitario y ecumenista* en que se ha colocado el Concilio, el nombre de Cristo aparece también como lazo de unión y punto de partida del diálogo con los hermanos separados. “Nuestra atención se dirige, ante todo, a los cristianos que reconocen públicamente a Jesucristo como Dios y Señor y Mediador único entre Dios y los hombres, para gloria del único Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Sabemos —agrega el Concilio— que existen graves divergencias entre la doctrina de estos cristianos y la doctrina de la Iglesia católica aun respecto de Cristo, Verbo de Dios encarnado, de la obra de la redención y, por consiguiente, del misterio y ministerio de la Iglesia y de la función de María en la obra de la salvación. Nos gozamos, sin embargo, viendo a los hermanos separados tender hacia Cristo, como fuente y centro de la comunión eclesial. Movidos por el deseo de la unión con Cristo se ven impulsados a buscar más y más la unidad y también a dar testimonio de su fe delante de todo el mundo”³². Y se reconocen y aprecian estos valores de los hermanos separados, que han llegado a veces también al derramamiento de sangre por dar testimonio de esa fe en Cristo³³.

CRISTO Y EL HOMBRE.

No solamente aparece Cristo en esta relación con el pueblo elegido, sino que funda una relación con toda la humanidad y con todos los hombres que la integran. El hombre que se ha sentido solo y sin solución, halla plenamente la conciencia de su naturaleza en Cristo y en Él puede comprender cuál sería su auténtica vocación en un estado en que no reinaba el pecado ni dominaba en sus márgenes. Por eso la Iglesia en Concilio coloca a Cristo en el centro, de la persona y de la historia, y en ambas, de la comunidad que constituye, presentándolo como solución a los aparentemente insolubles problemas humanos. Tras exponer los cambios profundos del mundo y sus desequilibrios y hacernos reparar en que dependen del desequilibrio interior del hombre, con los múl-

³¹ Decr. *Sobre el ministerio y vida de los presbíteros* 12 (BAC, 429-431).

³² Decr. *Unitatis redintegratio. Sobre el ecumenismo* 20 (BAC, 657).

³³ *Ibid.* 4 (BAC, 640).

tiples interrogantes que le angustian, continúa: "Cree la Iglesia que Cristo, muerto y resucitado, por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación, y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor Maestro. Afirma además la Iglesia que bajo la superficie de lo cambiante hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo, quien existe ayer, hoy y para siempre. Bajo la luz de Cristo, imagen de Dios invisible, primogénito de toda la creación, el Concilio habla a todos para esclarecer el misterio del hombre y para cooperar en el hallazgo de soluciones que respondan a los principales problemas de nuestra época"³⁴.

Desde la historia personal hasta la historia universal todo se esclarece con Cristo y en Él hallan respuesta los interrogantes que el hombre tiene planteados. En Cristo, por consiguiente, el Concilio, luego de haber considerado en otros documentos su función como revelador y fundador de la Iglesia, con su presencia en la liturgia y en toda comunidad, detiene el río de la pregunta humana y analiza su ser de hombre. *Cristo es hombre perfecto*. Expuestos los fundamentos del hombre y sus valores físicos, psíquicos, intelectuales y morales, y examinados los peligros que comportan, aboca a Cristo en quien la superación se hace presencia. "En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor. Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. Nada extraño, pues, que todas las verdades hasta aquí expuestas encuentran en Cristo su fuente y su corona.

"El que es *imagen de Dios invisible* (Col. 1, 15) es también el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el primer pecado. En él, la naturaleza asumida, no absorbida, ha sido elevada también en nosotros a dignidad sin igual. El Hijo de Dios con su encarnación se ha unido en cierto modo con todo hombre. Trabajó con manos de hombre, pensó con inteligencia de hombre, obró con voluntad de hombre, amó con corazón de hombre.

³⁴ Const. past. *Gaudium et spes. Sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo* 10 (BAC, 221-222).

Nacido de la Virgen María, se hizo verdaderamente uno de los nuestros, semejante en todo a nosotros, excepto en el pecado”³⁵.

El nos ha liberado del pecado, nos ha donado el Espíritu Santo para la renovación plena del hombre interior y esta posibilidad, es de creer que el Espíritu la ofrece a todo hombre, de suerte que a éste solamente le corresponde adherirse al misterio pascual para superar la lucha contra el demonio. Así “por Cristo y en Cristo se ilumina el enigma del dolor y de la muerte, que fuera del Evangelio nos envuelve en absoluta oscuridad”³⁶.

Esclarecido el misterio del hombre a la luz del misterio de Cristo, la historia recibe toda su luz. Cristo se hace centro de la historia y de El parte y a El converge. “El Verbo de Dios, por quien todo fue hecho, se encarnó para que, hombre perfecto, salvara a todos y recapitulara todas las cosas. El Señor es el fin de la historia humana, punto de convergencia hacia el cual tienden los deseos de la historia y de la civilización, centro de la humanidad, gozo del corazón humano y plenitud total de sus aspiraciones. El es aquel a quien el Padre resucitó, exaltó y colocó a su derecha, constituyéndolo juez de vivos y muertos. Vivificados y reunidos en su Espíritu, caminamos como peregrinos hacia la consumación de la historia humana, la cual coincide plenamente con su amoroso designio: *restaurar en Cristo todo lo que hay en el cielo y en la tierra* (Eph. 1, 10)”³⁷.

Y comprendemos esto, porque Cristo se muestra como el hombre nuevo con todas las perfecciones del hombre y en El tiene que aprender el hombre cuál es su propia esencia y su propio destino vocacional³⁸. La renovación del hombre y de la humanidad han de proceder de Cristo, porque El “es el principio y el modelo de esta humanidad renovada, llena de amor fraterno, de sinceridad y de espíritu pacífico a la que todos aspiran”³⁹.

“Cristo tomó la naturaleza humana íntegra, cual se encuentra en nosotros, miserables y pobres, pero sin el pecado (cf. Hebr. 4, 15; 9, 28”⁴⁰, y nos abrió así el camino de la superación, imitándole a El y entregándonos el poder de perfeccionarnos con su ayuda. Así se hizo

³⁵ *Ibid.* 22 (BAC, 237-238).

³⁶ *Ibid.* (BAC, 239).

³⁷ *Ibid.* 45 (BAC, 275).

³⁸ Decr. *Ad gentes* 12 (BAC, 585).

³⁹ *Ibid.* 8 (BAC, 578).

⁴⁰ *Ibid.* 3 (BAC, 568).

solidario de todo el género humano con una cierta solidaridad sobrenatural”⁴¹. Dios, pues, que hizo al hombre a su imagen y semejanza y lo redimió, es el único que puede dar respuesta a sus interrogantes y ello por medio de la revelación en Cristo, que se hizo hombre. “El que sigue a Cristo, hombre perfecto, se perfecciona cada vez más en su propia dignidad de hombre”⁴². La perfección, por consiguiente, del hombre hay que buscarla en Cristo y esa perfección abrazará todos los elementos, ya que Cristo tomó la naturaleza humana integral.

Así, en primer lugar, Cristo enseña a situar en su verdadera jerarquía los valores del *cuerpo*, y la Iglesia “apoyada en esta fe, puede rescatar la dignidad humana del incesante cambio de opiniones que, por ejemplo, deprimen excesivamente o exaltan sin moderación alguna el cuerpo humano”⁴³. Consciente de que Cristo ha obrado con manos de hombre y que los elementos corporales los ha defendido para llevar a través de ellos a feliz término la obra de la redención, “el hombre no debe despreciar la vida corporal, sino que, por el contrario, debe tener por bueno y honrar a su propio cuerpo, como criatura de Dios que ha de resucitar en el último día. Herido por el pecado, experimenta, sin embargo, la rebeldía del cuerpo. La propia dignidad humana pide, pues, que glorifique a Dios en su cuerpo y no permita que lo esclavicen las inclinaciones depravadas de su corazón”⁴⁴. En función de Cristo adquiere el cuerpo su valor supremo y visto resucitado en Cristo, espera la resurrección final y lo prepara para la misma.

Lo mismo sucede con todos los demás valores humanos, que hemos analizado aparte. En Cristo y por su medio se ven garantizados y logran el perfeccionamiento que Dios les exige en lo humano para poder llegar a El limpios de toda escoria, residuo del pecado, que tuvo sus repercusiones también en lo físico⁴⁵.

No solamente los valores personales, sino también los valores comunitarios de la solidaridad humana representan un punto culminante en la economía de Cristo. Dado el plan divino de salvación que pretende librar a los hombres no solamente como individuos, *sino como colectividad, como pueblo*⁴⁶, Cristo entraba en él como un nuevo elemento

⁴¹ Decr. *Sobre el apostolado de los seglares* 8 (BAC, 515).

⁴² Const. past. *Gaudium et spes* 41 (BAC, 265).

⁴³ *Ibid.*

⁴⁴ *Ibid.* 14 (BAC, 226).

⁴⁵ Cf. *Ibid.* 10 (BAC, 221-222); 22, 237-239.

⁴⁶ Cf. Const. dogm. *Lumen gentium* 9 (BAC, 22-24); Const. past. *Gaudium et spes* 32 (BAC, 251).

regenerador del nuevo pacto y comunicaba la altura y la profundidad de la nueva Alianza. En El se perfeccionaba y se consumaba la comunidad, no sólo de los fieles, sino que en aspiración se extendía a la fraternidad universal y por eso colocó su amor como distintivo de sus discípulos. “Esta índole comunitaria se perfecciona y se consume en la obra de Jesucristo. El propio Verbo encarnado quiso participar de la vida social humana. Asistió a las bodas de Caná, bajó a la casa de Zaqueo, comió con publicanos y pecadores. Reveló el amor del Padre y la excelsa vocación del hombre, evocando las relaciones más comunes de la vida social y sirviéndose del lenguaje y de las imágenes de la vida diaria corriente. Sometiéndose voluntariamente a las leyes de su patria, santificó los vínculos humanos, principalmente los de la familia, fuente de la vida social. Eligió la vida propia de un trabajador de su tiempo y de su tierra”.

En su predicación y en toda su vida y doctrina constituyó el amor como la ley suprema, mandó que se amaran como hermanos y que llegaran a la ciudad, creando *entre ellos una familia*. Pero además de este deseo universal, realizó *una comunidad fraterna* “entre los que con fe y caridad le reciben después de su muerte y resurrección; esto es, en su Cuerpo, que es la Iglesia, en la que todos, miembros los unos de los otros, deben ayudarse mutuamente según la variedad de dones que se les hayan conferido”. Y esta solidaridad tiene también un sentido escatológico. Es ideal en el mundo, pero “debe aumentarse siempre hasta aquel día en que llegue su consumación, y en que los hombres, salvados por la gracia, como familia amada de Dios y de Cristo hermano, darán a Dios gloria perfecta”⁴⁷. De este modo la socialidad humana adquiere todo su fundamento y su consumación en Cristo, que la ha realizado primeramente en sí mismo, ha dado el ejemplo de realizar, ha enseñado y exige el amor, la fraternidad y la unidad, y promete el perfeccionamiento final que es preciso disponer desde el tiempo.

Y junto a esta marcha hacia la fraternidad universal, *el progreso se enumera como una proyección hacia la misma*. Es verdad que tiene sus peligros, pero todos ellos se ven renovados y elevados en Cristo. “Por ello la Iglesia confiando en el designio del Creador, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del Apóstol cuando dice: *No queráis*

⁴⁷ Const. past. *Gaudium et spes* 32 (BAC, 251-252).

vivir conforme a este mundo (Rom. 12, 2), es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres.

“A la hora de saber cómo es posible superar tan deplorable calamidad, la norma cristiana es que hay que purificar por la cruz y la resurrección de Cristo y encauzar por caminos de perfección todas las actividades, por las cuales, a causa de la soberbia y del egoísmo, corren diario peligro. El hombre, redimido por Cristo y hecho en el Espíritu Santo nueva criatura, puede y debe amar las cosas creadas por Dios. Pues de Dios las recibe y las mira y respeta como objetos salidos de las manos de Dios. Dándole gracias por ellas al Bienhechor y usando y gozando de la criaturas en pobreza y con libertad de espíritu, entra de veras en posesión del mundo, como quien nada tiene y es dueño de todo: *Todo es vuestro; vosotros sois de Cristo; y Cristo es de Dios* (I Cor. 3, 22-23)”⁴⁸.

El progreso es fruto de la actividad humana y también esta puede ser degradada por la soberbia y el pecado del hombre. *Necesita, por tanto, purificación*. Es preciso que el hombre aprenda a través de la ley del amor, del deseo de la patria eterna, del anhelo de los bienes celestiales, a disponer y a trabajar con los bienes terrenos, de suerte que no se adhiera su corazón y se olvide de lo eterno. El hombre peregrino, con un sentido amoroso de su destierro, está llamado por el Espíritu hacia lo alto y con el ejemplo y la gracia de Cristo logrará el destino a que su vocación le inviaba. Con su muerte y su resurrección, Cristo ha revelado al hombre cuál ha de ser el camino de la purificación terrena para lograr la gloria celestial. Cuándo será la consumación final, cuándo habrá un cielo nuevo y una tierra nueva, no lo sabemos, pero eso mismo nos incita a perfeccionar la vida humana y la tierra lo más posible para aquel día, con el fin de que cuando llegue el Señor, lo encuentre ya dispuesto por la libre actividad de los hombres que se han sometido a su gracia y han colaborado con ella⁴⁹.

“Cristo es quien nos revela que *Dios es amor* (I Io. 4, 8), a la vez que nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y, por tanto, de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo del amor. Así, pues, a los que creen en la actividad divina les da la certeza

⁴⁸ *Ibid.* 37 (BAC, 258-259).

⁴⁹ *Ibid.* 39 (BAC, 260-262).

de que abrir a todos los hombres los caminos del amor y esforzarse por instaurar la fraternidad universal no son cosas inútiles. Al mismo tiempo advierte que esta caridad no hay que buscarla únicamente en los acontecimientos importantes, sino, ante todo, en la vida ordinaria. El, sufriendo la muerte por todos nosotros, pecadores, nos enseña con su ejemplo a llevar la cruz que la carne y el mundo echan sobre los hombros de los que buscan la paz y la justicia. Constituido Señor por su resurrección, Cristo, al que le ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, obra ya por la virtud de su Espíritu en el corazón del hombre, no sólo despertando el anhelo del siglo futuro, sino alentando, purificando y robusteciendo también, con ese deseo, aquellos generosos propósitos con los que la familia humana intenta hacer más llevadera su propia vida y someter la tierra a este fin. Mas los dones del Espíritu Santo son diversos: si a unos llama a dar, con el anhelo de la morada celeste, testimonio manifiesto y a mantenerlo vivo en la familia humana, a otros les llama para que se entreguen al servicio temporal de los hombres y así preparen el material del reino de los cielos. Pero a todos les libera para que, con la abnegación propia y el empleo de todas las energías terrenas en pro de la vida humana, se proyecten hacia las realidades futuras cuando la propia humanidad se convertirá en oblación acepta a Dios". Y la prenda de todos estos anhelos futuros y de aquella vida futura la ha dejado Cristo en el sacramento del altar en el que los elementos creados se transforman en el cuerpo y sangre gloriosos⁶⁰.

Y como la ley ha de *imperar para el perfeccionamiento de la actividad humana es el amor, éste ha de extenderse a todas las actividades y a este fin se penetra también la economía de ese sentido*. Las aplicaciones que el Concilio ha hecho a otros aspectos, quedan manifiestas en los diferentes documentos, y la elevación general de los puntos más urgentes en nuestro mundo, en la Constitución pastoral *Gaudium et spes*, sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo. En lo económico, pues, exigiendo, por una parte, la competencia profesional y la experiencia, se pide por otra, fidelidad a Cristo y a su Evangelio, "a fin de que toda su vida, así la individual como la social, quede saturada con el espíritu de las bienaventuranzas, y particularmente con el espíritu de la pobreza.

"Quien con obediencia a Cristo busca todo el reino de Dios, encuentra en éste un amor más fuerte y más puro, para ayudar a todos sus

⁶⁰ *Ibid.* 38 (BAC, 259-260).

hermanos y para realizar la obra de la justicia, bajo la inspiración de la caridad”⁵¹.

Era natural que en el amor se hallara la clave de solución y de superación y elevación de la actividad humana, ya que ésta procede del hombre y al hombre se dirige. Y por tanto el respeto a la dignidad de la persona, la responsabilidad y la libertad —valores todos inherentes al hombre— brotan directamente de ese amor y cuando reina este amor al hombre, la actividad no se degrada. El mandamiento de Cristo conquista todo su campo de actuación en lo humano y se proyecta hacia la escatología y consumación final, de suerte que los bienes de la tierra son una sencilla preparación a los eternos. Como Cristo ha dado su amor, enviando el Espíritu, para realizar toda la tarea temporal, la búsqueda de una vida más humana y de una fraternidad universal, es necesario vivir en la unión y unidad con Cristo y de esta unión recibirá todo el apostolado su fuerza y vigor. Así los Padres del Concilio en el primer mensaje al mundo adelantan que el Padre no perdonó a su Hijo, sino que tanto nos amó que lo dio a la muerte por nosotros, añadiendo luego: “El Padre, además, nos da el Espíritu Santo, para que, viviendo la vida de Dios, amemos a Dios y a nuestros hermanos, con quienes somos una sola cosa en Cristo.

“Pero esta unión con Cristo está tan lejos de apartarnos de las obligaciones y trabajos temporales que, por el contrario, la fe, la esperanza y la caridad de Cristo nos impulsan a servir a nuestros hermanos en conformidad con el ejemplo del divino Maestro, que *no vino a ser servido, sino a servir* (Mt. 20, 28)”⁵².

Cristo, en consecuencia, queda constituido en el centro de la historia personal y colectiva y aparece como la clave de la solución a la *angustiosa problemática del hombre y de la sociedad que de él depende*. En la unión con Cristo se halla el punto de elevación de la solidaridad humana, de la actividad y por tanto el apostolado fecundo ha de proceder de esa unión. La Iglesia, a su vez, continúa la obra de Cristo en el mundo y es “en Cristo como un sacramento o signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano”⁵³.

JOSÉ MORÁN, O. S. A.

⁵¹ *Ibid.* 72 (BAC, 321).

⁵² *Mensaje de los Padres del Concilio al mundo*. (BAC, 4).

⁵³ Const. dog. *Lumen gentium* 1 (BAC, 9).